

“VESTIGIOS”, EL LIBRO MAS HUMANO DE LAIN

Gabriel María Verd S.J.

“Usemos otra vez la vieja metáfora: vivir es caminar. Nacer a la vida personal vale tanto como anudar sobre el tarso la correa de la sandalia e iniciar una andadura incierta. *Iter est vita hominis super terram*. Morir no es tanto dejar de ser como llegar. ¿Qué trae, qué deja el hombre cuando su pie da el último paso en su viaje ineludible?” Así comienza el prólogo de *Vestigios*^{*}, y en este párrafo están ya *in nuce* varios de los rasgos más característicos de Pedro Laín Entralgo. En cuanto a la forma, la prosa metafórica, el término culto, el latinismo, la interrogación; en cuanto al fondo, la preocupación por el hombre y la visión trascendente de la vida: “Morir no es tanto dejar de ser como llegar”.

Naturalmente la calificación de “libro más humano de Laín”, en un autor siempre atento al hombre, a la antropología, es –lo reconozco– subjetiva. Laín ha publicado libros más ambiciosos, más sistemáticos, tal vez más importantes. Pongo en un lugar especial *La espera y la esperanza*, tan hermoso como su título. Pero, para mi gusto, ninguno con la anchura de corazón, la amenidad, el optimismo, la variedad y el equilibrio de estilo que luce en éste.

* **Pedro Laín Entralgo.** *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad.* (Madrid 1948). Muchas veces citaré entrecorilladamente esta obra. Pero no indicaré la página del texto, ya que la mención del capítulo hará fácil su encuentro, dada su brevedad. Lo cual facilitará su comprobación, cuando se manejen otras obras en que Laín ha reeditado algunos de estos capítulos. Para que el título de los capítulos se distingan de los de un libro, citaré los primeros no solo en cursiva sino también entre comillas. Con lo cual se contradistinguirán también de los textos aducidos. Laín en un tomo de *Obras* (Madrid 1965) incluyó al final una sección de “*Ensayos y artículos*”, en los cuales se encuentran algunos de *Vestigios*, como “*No country*”, “*Autobiografías*” y muchos de los de crítica literaria. En *La empresa de ser hombre* (Madrid 1958) reencontramos algún otro.

Esta obra nos trae sus ecos más antiguos, más juveniles e ilusionados. Pues, aunque publicado en 1948, en realidad es anterior, ya que se trata de una recopilación de artículos, alguno incluso anterior al Alzamiento. Se trata en efecto de una obra miscelánea, lo que le presta amena variedad (gustan más sus artículos más cortos), al mismo tiempo que muestra la amplia multiplicidad de sus lealtades de amigo. El breve y acertado título (Laín siempre sabe titular) es símbolo de ello, y de su estilo clasicista. Aunque de un clasicismo no frío, sino encendido. Pero que sean sus propias palabras, de la introducción, las que nos lo muestren: “Llamamos vestigio a la huella del pie, pero también a lo que de los objetos combustibles perdura después de su ignición. En tal caso, todo vestigio es perdurable testimonio de una llama. Cada uno de los aquí recogidos es –sea– señal perenne de la cálida y luminosa llama de mi amistad con una persona, con una lectura, con un recuerdo de otro tiempo”.

Vestigios está dividido en tres partes: “*Crítica literaria*”, “*Varia lección*” y “*La vida en amistad*”, pero en realidad el tema de cada apartado está presente en los otros, lo que le presta al libro bastante unidad, a pesar del casi centenar de artículos que convoca. Pues la *literatura* está presente en las tres partes, en todo hay *varia lección*, y la *amistad*, el nombre propio, es la urdimbre que da cuerpo a todas sus páginas. Esta es la razón por la que decido presentar en otro orden este libro ya antiguo, pero *digno de recuperación*.

Amistad

La amistad, presente desde el subtítulo, pervade todas sus páginas, como resultado de la anchura humana que tenía Laín. Pues, en general, si Laín toca un tema en este libro es a partir de *alguien*, como si llegara por las personas a las cosas. Las pruebas de amistad aparecen por doquier: “mi amigo Carl Schmitt –¿cuál habrá sido su suerte en el Berlín posterior a 1944?” (entradilla a “*La acción catártica de la tragedia*”); pero se adensan en la última sección. Aunque después veremos sus capítulos a partir de los temas que los ocupan, podemos señalar algunos más centrados en la misma persona del amigo. Como el dedicado al P. Federico Sopena, “*Cantar la verdad*”, en el que Laín alcanza una cumbre de ingenio y estilo; el de “*Alfonso Junco*”, que es al mismo tiempo un gran canto a la lengua y a la fe común entre España y América: “al vínculo semiuniversal de la expresión, su luminoso castellano, únese el vínculo universal de una misma fe”; el que escribe al urente recuerdo de Enrique Sotomayor (“*La quemadura del deber*”), “mi camarada”, cuyo nombre quedó “sobe una cruz y un casco de soldado entre el rigor de hielos remotísimos”; la página en honor de “*María de Maeztu*”, que, como su hermano, “hasta su muerte supo creer, pensar y servir”, al servicio de la Hispanidad; o el artículo sobre el sereno homenaje de Castilla a

Pilar Primo de Rivera (“*Danza en Castilla*”), danzando “ante la mujer que representa el cumplimiento actual de su destino de españoles”. Así termina, en aquel enero de 1938: “Castilla, madre de España, ofrecía la gracia elemental de sus danzas a cambio de la ilusión de ver otra vez vivo el recuerdo de su destino. Por la sangre de los que mueren pensando en Ti y en España, haz, Señor, que esta ofrenda de la gracia castellana, sencilla, casi desgarrada, alcance pronto lo que, acaso sin saberlo, te estaba pidiendo bajo la tarde clara y fría”.

Literatura

“*Crítica literaria*” se llama la primera de las tres secciones principales de *Vestigios*, y en ella están la mayoría de sus comentarios literarios. Pero también se encuentran en las otras. Hay que adelantar que Laín, a pesar del título, no hace propiamente crítica “literaria” sino antropológica o filosófica o histórica. Parte de un autor, por ejemplo Quevedo, para hablar del hombre, de la sociedad o de una época. Pero el juicio o el análisis literario suele estar ausente.

Empieza el libro con un artículo sobre “*La vida del hombre en la poesía de Quevedo*”, de corte antropológico desde el mismo título. Se centra en la poesía “grave” de Quevedo, en la que descubre “un visible pesimismo antropológico” en contraste con su poesía jocosa. Yo diría que no es casual que Laín comience con un artículo de esta naturaleza. A pesar de ser un hombre de vigor intelectual, y, al parecer, físico, a pesar de no pocas páginas de exaltado entusiasmo, me parece descubrir en él una importante vena de tristura. Quizás su interés por “la espera y la esperanza” no sea sino una compensación de cierta soterrada desesperanza.

Páginas adelante dedica Laín una nota a “*Quevedo y el casticismo*”, en clave de Miguel de Unamuno, en la que intenta salvar al clásico de la nota castiza (A Laín no le gusta el casticismo, como veremos más adelante). “Me basta que sea hondo, humano, cristiano”, dice de Quevedo. También escribe Laín sobre otros clásicos del Siglo de Oro. A Cervantes le dedica tres notas, la primera, más profesoral, sobre el “*Coloquio de dos perros, soliloquio de Cervantes*”. Pero las otras dos son más significativas sobre el talante lainiano, ya que una, “*Harvey y don Quijote*”, es un estudio de la melancolía, y la otra, “*Don Quijote, enfermo*”, nos revela al médico. En “*Calderón y nosotros*” muestra su “repulsión estética y moral” hacia el descomedido concepto de honor que sustenta *El médico de su honra* del gran dramaturgo. La razón es: “porque somos hombres y cristianos”.

Ya en el siglo XIX se enfrenta con el tipo del Tenorio, “*Otra vez Don Juan*”, en el fondo en contra, o al margen, de la tesis de Marañón. La tesis de Laín es que lo que le interesa al Tenorio de Zorrilla no es el sexo sino la fama. Y con ello Don Juan es “el tipo histórico del hombre instalado en

la pura aquendidad por renuncia a la dimensión trascendente y religiosa de la persona”, así como “un ejemplar paradigmático del hombre moderno, atenido hasta las últimas consecuencias a la pura vida de tejas abajo”.

En la primera sección se acerca Laín a dos escritores amigos, Manuel Machado y Gonzalo Torrente Ballester. Del segundo (“*El teatro de Gonzalo Torrente*”), conocido en “aquella inolvidable Salamanca de nuestra guerra”, disecciona profesoral y densamente tres de sus obras dramáticas. Muy otro es el estilo de las dos notas dedicadas al primero. Con “*Manuel Machado y el Noventa y ocho*” pretende rescatarle para la famosa generación finisecular, después de haberlo olvidado en su reciente libro *La generación del Noventa y ocho* (1945). Y Laín tiene razón: el espíritu del 98 constituye una de las vetas –aunque no la única, ni la principal– de la múltiple y rica poesía manuelmachadiana. La segunda nota es un cordial “*Recuerdo de Manuel Machado*” después de su muerte. En el primer artículo recuerda Laín que él fue el editor (fue director de la Editora Nacional) de *Opera omnia lyrica* del mayor de los Machado. Nuestro agradecimiento.

Termino este apartado con un estudio interesante sobre “*El neologismo científico*”. Interesante porque acierta a señalar la necesidad que tiene toda ciencia de crearse sus propios neologismos, simplemente para poder estructurarse como saber. Entre los neologismos zubirianos señala *eseyente* y *sentible*. Lo cual me da pie para señalar que el título del reciente libro de Zubiri *Inteligencia sentiente* contiene, a mi parecer, un solecismo. No se dice *sentiente* sino *sintiente* con -i- (como en *gimiente*, *hirviente*, *maldiciente*, *consiguiente*, etc.).

Arte y antropología

También se acerca Laín a las Artes plásticas; pero, como en la Literatura, su aproximación es más antropológica que artística. Por lo que, cuando la trata formalmente, es en mi opinión menos afortunado, como en “*Un médico ante la pintura*”, ensayo todavía inmaduro, en el que no muestra una profunda comprensión de la pintura contemporánea. Aunque buena era la intención con que lo escribió en aquellas calendas –dice en la entradilla– de 1937: “Queríamos que en las empresas del espíritu fuese España luz y ejemplo del mundo”.

Goya atrajo a Laín, como había atraído a Ortega y d’Ors (con evidente ventaja del segundo en su brillantísimo libro *Epos de los destinos*). Pero Laín aborda el tema no técnica sino antropológicamente, ya que trata de “*La religiosidad de Goya*”, limitándose al cuadro *La comunión de San José de Calasanz*. Laín, que descubre “una religiosidad monoteísta en las vasijas de Zurbarán y una religiosidad panteísta en las flores de Renoir”, piensa que “Goya, celtíbero por temperamento, por “primera naturaleza”, expresa su religiosidad con la terrible y sincera vehemencia de un disciplinante”.

“VESTIGIOS”, EL LIBRO MAS HUMANO DE LAIN

El Derecho le sirve para hacer antropología social, como en “*Animus injurandi*”, curioso análisis sobre los insultos que han llevado a los españoles a los tribunales. Entre el variopinto repertorio, señala que “en 1927, año feliz, por lo que toca a la unidad política de España, se ofendía a un ciudadano llamándole “separatista””.

Y para terminar, un hermoso estudio sobre la soledad, “*La soledad en Extremadura*”, prólogo a una obra de Pedro de Lorenzo. Partiendo de la soledad en Cáceres, escribe unas profundas páginas sobre su antropología y la influencia del paisaje. Señala que la soledad no está solo en nosotros sino también en el paisaje, y con una finalidad teológica: “La soledad que sentimos ante los campos despoblados y espaciosos, además de ser un testimonio de nuestra propia soledad, ¿no será, místicamente pensando, la entrañable soledumbre de una tierra menesterosa de ser vista por los hombres, para poder llegar, hecha imagen, a la altura infinita del Dios que la creó? La tristeza de la tierra no pide liberación, como pensaba Unamuno, sino ofrecimiento”.

Ciencia y Medicina

Al parecer, Laín considera como su especialidad más propia la antropología médica, tema al que ha dedicado varios de sus libros. Pero Laín antes que la licenciatura médica sacó la de Ciencias químicas. Todas las ciencias han seducido su curiosidad universal, sin olvidar a la ciencia española, a propósito de Menéndez Pelayo.

Así pues, aunque su especialidad es la Medicina, en este libro encontramos una breve consideración filosófica sobre “*Los límites de la física*”, y un artículo sobre la ciencia en general como una “dramática gigantomaquia”, representada en este caso por los dos gigantes de Isaac Newton y Max Planck. Pero el mismo título de este segundo artículo, “*No country*” (reproducido en *Obras*), indica el aspecto humano que quiso destacar Laín. En el acto de homenaje que celebró la Royal Society de Londres en el tercer centenario de Newton, Max Planck fue presentado en la solemne ceremonia como *no country*, “sin país”. Pues Planck era alemán, de la Alemania derrotada en la II Guerra Mundial. Y a Laín le daba escalofríos el hecho de que “los hombres, tercos en olvidar su grave deber de universalidad, conmemorarán a sus más universales semejantes poniendo a todo un pueblo –éste hoy, otro mañana– bajo la terrible dureza evasiva de esas dos palabras: *No country*”.

Sus artículos médicos son de diversa entidad. Histórico es “*Sangre y divinidad*”, en el que, partiendo del hecho de que las ciencias antiguas nacieron de la religión, muestra cómo ocurrió lo mismo con el descubrimiento de la circulación de la sangre, tanto en el español Miguel Servet como en Harvey, ya que ambos creían que el alma está en la sangre.

Otros artículos se refieren a figuras de la Medicina española. Ante todo Cajal, “*La obra de Cajal*”, escrito con tanta erudición como devoción. Y tres contemporáneos suyos, Merenciano, Jiménez Díaz y Grande Covián. “*Medicina y Literatura*” se titula el dedicado al primero, enjuiciando un maridaje que tantas veces –el mismo Laín, Marañón y otros– ha demostrado ser fecundo. “*Un opositor*” se titula el dedicado a Carlos Jiménez Díaz, que pudo gozar para su formación de aquel “remanso histórico en la vida española, en el cual fue titular de nuestros destinos la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera”. Evoca Laín los días iniciales de la guerra, en Pamplona, junto a Jiménez Díaz. “Lo mejor de tal generación ha sido fiel a España, a esta España verdadera y triunfante que cada día nos hace temblar de zozobra y esperanza”. No menos vibrante y patriota es el discurso de homenaje al fisiólogo Francisco Grande Covián, “*Un sabio ante el dolor*”, ante el dolor, el hambre y la privación del Madrid de 1938.

Filosofía

En “*Historia como sistema*” comenta el tratado del mismo título de Ortega, sin soslayar el vidrioso problema de la relación de éste con Heidegger. Este artículo, de 1941, muestra por una parte la presencia intelectual de Ortega en la España de la inmediata posguerra. Y por otra, el interés constante de Laín por aquél, citado con frecuencia en *Vestigios*, junto con su independencia de juicio en el aspecto religioso –como veremos–, y sobre todo en cuanto al historicismo orteguiano: “¿Hay en la antropología historista una fuente de creencias vivas capaces de sustentar y orientar el existir humano? ¿Puede la “razón histórica” –en tanto pura razón histórica– aclararnos *en serio* “qué es lo bueno, qué es lo malo, que es lo mejor y qué es lo peor”? Ni lo creo, ni creo, en consecuencia, que Ortega mismo pueda demostrarlo. [...] Mas el hombre es indudablemente algo más que historia”. Aunque partiendo de temáticas diferentes, la política y la filología, también reflexiona Laín sobre la historia a propósito de las obras de dos compañeros en ideas políticas. En “*El pensamiento político de Javier Conde*”, y comentando dos libros de “*El filólogo Antonio Tovar*”, “mi constante camarada”. “*Historia desde el corazón*”, título de su segundo comentario al mismo, muestra una hermosa y lainiana forma de entender la Historia.

Julián Marías, el discípulo predilecto de Ortega, también tiene cabida en esta obra: “*Nada nuevo, todo nuevo*”, a propósito de su *Introducción a la Filosofía*. Después de ver cómo criticaba Laín el historicismo –“historicismo” decía– del maestro, no es de extrañar su desacuerdo con el del discípulo, así como con la hostilidad de éste contra el concepto de naturaleza humana. Creo que Laín tenía razón al levantar “graves, actualísimas acusaciones”. Lo cual no le impediría reconocer en una postdata de 1948 que se trataba de un libro “original y valioso”.

Mayor es la estima de Laín por Xavier Zubiri, profusa y afectuosamente citado en *Vestigios*. Primero, “*Un libro de Xavier Zubiri*”, a propósito de *Naturaleza, Historia, Dios*. Se trata de una nota de carácter general, pero ya vislumbraba Laín en esta obra una filosofía original que esperaba ver desplegarse en la vida de Zubiri. “*El filósofo Xavier Zubiri*” es el título de la segunda nota, en la que afirma que “desde Suárez no hubo en España un espíritu filosófico tan riguroso, tan sutil y tan hondo como el de Zubiri”.

“*Nuestro Suárez*” se titula el comentario de Laín a una obra sobre el Granatense de Enríquez Gómez Arboleya. Distingue Laín entre clásicos permanentes, que son para todos y siempre, como Platón y Cervantes, y clásicos para algunos y algunas horas, como Novalis y Kierkegaard. Suárez pertenecería a los primeros. Pues “¿no es cierto que podemos hallar una voz amiga en el Suárez que se empeñó –férrea, sutil, católicamente– en la faena de resolver los problemas del espíritu, allá, en el alba de la edad que llamamos “moderna”?”.

Cristianismo

El tema religioso no falta en *Vestigios*, y siempre con buena orientación y decidido impulso. Hemos visto, por ejemplo, que para estudiar a Goya eligió Laín el ángulo de la religiosidad. “*El hondón de las almas*” trata sobre las conversiones religiosas y en particular la de Paul Claudel. Lo que le lleva a preguntarse, a propósito de las graves tribulaciones de nuestro tiempo: “¿Cuántos de esos hombres advertirán el invisible lazo unitivo que, a través de su vida y de su historia, hay tendido entre ellos mismos y la olvidada realidad de Dios? No somos pocos los que, desde España, nos hacemos a diario está conmovedora pregunta”. Pero sobre todo hay que llamar la atención sobre una “*Meditación de Viernes Santo*” de gran tensión espiritual, en la que comenta los textos litúrgicos con fervorosa exaltación y elevado estilo.

Pero en mi opinión, más significativo que estos textos son aquellas alusiones religiosas que Laín va soltando al filo de otros temas. Más significativas por ser menos premeditadas, y por tanto más reveladoras del cimiento de la personalidad. Ya hemos encontrado algunas de estas afirmaciones religiosas a propósito de “*Calderón y nosotros*”, “*Otra vez Don Juan*” o “*La soledad de Extremadura*”. Pero también muestra su interés por la religiosidad de otros autores. Así, Quevedo “creyó y esperó como cristiano cabal”. A propósito de Gonzalo Torrente Ballester, se cuestiona por el problema de la alianza entre la fe y el pensamiento, indicando que “el teatro de Torrente es, en efecto, esencialmente católico”.

Por eso no es extraño que muestre –con razón– su desacuerdo, también en el aspecto religioso, con *Historia como sistema* de Ortega y Gasset. “Se empeña Ortega en no entender el Cristianismo ni la vida religiosa, y de ahí

procede todo”. Incluso graves errores de valoración: “De ahí la radical falsedad de colocar al Cristianismo como un mudadizo eslabón histórico en la serie estoicismo-cristianismo-racionalismo-vitalismo”. Laín se interesa por la dimensión antropológica del cristianismo, que se representa como “una sobrevida”: “Lo esencial del Cristianismo es una participación del cristiano en la vida de Cristo”. Por ello Laín invita a Ortega a “penetrar seriamente en el seno del Cristianismo”. Pues la mera razón histórica “no revela nada realmente consolador y porque la postura del historismo puro se halla ya –al menos para los buenos catadores del pensamiento de este tiempo– sencillamente *retrasada*. De ella hay que partir, después de haberla conocido, gozado y sufrido. ¿No podría ser un camino hacia la nueva luz ese tránsito de la vida hacia la vocación, en la cual Dios se “revela” natural y auténticamente al hombre auténtico? ¿No sería una rara y estremecedora revelación para el hombre moderno encontrarse con que su vida es, insospechadamente, trascendencia religiosa, tangencia con la eternidad?”.

Laín, pues, aun de pasada se muestra en *Vestigios* como decidido creyente. Como en la “*Carta a un joven creador*” donde cita a “Dios, suma compañía del buen solitario”. Todo lo ve bajo la mirada de Dios. Así, en “*España*” piensa que una manera de ser español es “hacer física nuclear *sub specie divinitatis*”; y de hecho se pregunta, en el ya visto “*Sangre y divinidad*”, si se puede hacer algo de valor, como descubrir la circulación de la sangre, de otra manera: “¿Es que el hombre sólo puede hacer algo humanamente importante viendo las cosas *sub specie Divinitatis*, aunque sea turbio o torcido el modo de su visión?”

La creencia particular de Laín es la cristiana católica. Piensa joseantonianamente en “una interpretación religiosa, católica, de la existencia humana: “la interpretación católica de la vida –escribe Jose Antonio– es, en primer lugar, la verdadera; pero es, además, históricamente, la española””. Esa era su aspiración en 1937: “Como españoles, en este tiempo de guerra y de esperanza, solo conocemos un ansia y una misión: que el nuevo humanismo, justamente por ser íntegramente humano, sea entrañadamente católico.” (“*Un médico ante la pintura*”). Así, la paz de Cristo es la verdadera paz, muy superior a la griega y a la romana, dice en “*Paz en Cristo*”, un artículo lleno de encendido fervor. Pues “nuestra Roma, la de los Vicarios de Cristo, la Roma en que el Catolicismo tiene cabeza y corazón, es esencialmente distinta de la Roma de Numa y Augusto, y hasta de la Roma de Mussolini y de De Gasperi”. Pero Cristo no es solo la paz política, sino también la paz íntima ante la muerte de todo cristiano: “El sabe, con la certidumbre translógica y archilógica de la fe, que en cada uno de sus actos y vicisitudes, por debajo de la voluntaria o fatal apariencia, se entraman sin costura su libertad y una suprema e inefable providencia”. (“*Jose Antonio. La muerte*”).

Europa

El apartado anterior nos ayuda a comprender las ideas filosóficas de *Vestigios* acerca de Europa y de la Hispanidad. Laín ve a Europa medularmente impregnada de Cristianismo, “el más genuinamente “giro copernicano” en la vida histórica y en el pensamiento”. De tal manera, que el europeo solo puede ser o cristiano o excristiano. “Pero –obsérvese– ser un *ex* indica que la existencia pende en algún modo de aquello de que se es *ex*, y esto le sucede al hombre europeo, que sólo puede ser cristiano o heterocristiano, heterodoxo.” (“*Historia como sistema*”).

Con este presupuesto podemos comprender su concepción de nuestro continente, según la expone en “*Europa*”, la “maltrecha Europa” de 1947, fecha del artículo. “Descartado el punto de vista geográfico, tan falaz, bajo su aparente exactitud”, Europa ha de entenderse sobre todo por su *misión*. Y ésta se podría sintetizar en estos dos puntos. La misión de Europa es 1) la creación original de obras universalmente valiosas, sean Newton o el Quijote; o bien el descubrimiento de lo universalmente valioso en todas las creaciones humanas, incluidas las extraeuropeas. Y 2) “ofrecer lúcida y deliberadamente a Dios la verdad y el valor de todas las creaciones humanas, así de las propias como de las ajenas en el espacio o en el tiempo. Santo Tomás supo ser creador original, más también oferente a la Divinidad de lo que de universalmente verdadero parecía haber en Aristóteles; Menéndez y Pelayo, ayer mismo, pedía una mente capaz de ofrecer a Dios la filosofía de Hegel; y no ayer, sino hoy, los jesuitas que en Calcuta publican *The Light of the East* y *The New Revue* [sic] se esfuerzan con feliz éxito por ofrecer a Cristo, muy europeamente, las verdades contenidas en los escritos védicos”.

De modo que “Europa se define, en suma, por una *misión creadora y ofertiva*: ha hecho efectiva la universalidad de la Historia, sobrenatural y sobrehistóricamente contenida en las verdades del Cristianismo, y, a fuerza de tanteos y tropiezos, va sabiendo ofrecerla a Dios”. Y “cuando hay europeos turbios, como Nietzsche y Unamuno, debe haber sin demora europeos claros, capaces de elucidar la verdad yacente en el seno de la turbidez, y luego europeos sobreclaros, dignos de ofrecerla a Dios”.

El tema europeo aparece de nuevo por extenso en “*Carta a Manuel Vega sobre el dolor de Europa*”. Al final de ella repite las ideas anteriores, pero ahora se fija más bien en la crisis de la Europa de la posguerra, producida precisamente por haber olvidado ésta su misión. Al final se abre a la esperanza: “¿Vendrá al fin sobre Europa una “segunda religiosidad”?”. Pues las causas de las crisis de Europa han sido la secularización y el nacionalismo. Hasta el punto de convertirse “según una vigorosa y certera expresión de Ziegler, en un “politeísmo de naciones”. Las guerras de 1914 y de 1939, la confusión actual han sido el drástico fruto de tan ingente descarrío”. A todo esto, se ha sumado en los últimos tiempos la división de los partidos.

“El astillamiento religioso y nacional va a ser complicado aún por obra de la discordia política”.

Según estas premisas, la reunificación de Europa no podrá conseguirse por *tácticas* políticas (las de Churchill entonces), sino por *conversión*. “Mientras los europeos verdaderamente egregios no *crean* que la vida del hombre jamás podrá alcanzar realización plenaria en el marco de la “nación” y del “partido político”, todo proyecto de unidad será, a lo sumo, un bello artificio verbal: y si un día llegan a *creer* que la nación, el partido y la clase son ámbitos demasiado estrechos para un hombre espiritual, esto es, si se deciden a ser o a comenzar a ser “hombres espirituales”, entonces la unidad de Europa vendrá por añadidura”.

En “*Paz romana, paz griega*”, donde comenta un artículo de “uno de nuestros universitarios jóvenes más valiosos y agudos, el profesor de Derecho Romano Alvaro d’Ors”, reflexiona sobre la paz y se pregunta por la de Europa. Piensa que en Europa solo hubo paz estable en dos siglos, el XIII y el XVIII, épocas en las que hubo consenso social: en el siglo XIII sobre “la fe cristiana, católicamente concebida”, en el siglo XVIII sobre la confianza en la razón y en el progreso. Pero desde el siglo XIX Europa perdió su paz por causa del nacionalismo, la lucha de partidos y la lucha de clases. Solo la *paz en Cristo* es la verdadera, dice en el artículo siguiente, ya comentado.

España, América

También elabora Laín una filosofía de España, pero que solo se puede entender a partir de su idea de Europa. Aunque probablemente fue genéticamente al revés: de su concepción de España como misión, concepción joseantoniana de “unidad de destino en lo universal”, partiría su reflexión sobre el continente.

Escuetamente “*España*” se titula el artículo que sigue a “*Europa*”, escritos ambos en el mismo mes de mayo de 1947, cuya continuidad de ideas es patente. La misión de España ha de derivarse de la de la matriz. “La Hispanidad, reserva y levadura de España e Hispanoamérica, no es, pues, sino una singular fidelidad a Europa”. Observemos en este párrafo que la concepción lainiana de lo hispánico no acentúa lo “castizo” sino lo europeo. Lo dice poco después: “La Hispanidad es todo menos casticismo”. (Recuérdese “*Quevedo y el casticismo*”. Y “me aterra [...] la zarzuelería”, dice en “*Baler, 1898*”).

Ahora bien, ¿qué es la Hispanidad? Para Laín no es lo español de facto, sino que responde a un ideal, a un preconcepto: “No todo en España y en Hispanoamérica es Hispanidad, ni tal vez llegue a serlo nunca”. La misión peculiar de España dentro de la europea es doble: “una especial tenacidad

vital en la empresa de defender la realización social del Cristianismo, cauce histórico del humano ofrecimiento, y una acusada tendencia hacia las formas activas y estéticas de la operación creadora y ofertiva”. Pues, aunque España ha dado sabios y filósofos, su peso ha estado en el campo de los “fundadores, misioneros, ascetas, místicos, héroes y artistas”. Pero en definitiva su misión no tiene cortapisas: “Todo lo humano cabe en la Hispanidad, a condición de que esa “humanidad” sea cristiana o cristianizable. Así veo yo el destino de España y en ese camino quisiera poner los modestos pasos de mi existencia individual”.

Laín vuelve a la consideración filosófica de España en dos artículos sobre José Corts Grau y sus *Motivos de la España eterna*. Laín se pregunta en qué sentido se puede decir que una nación es eterna. Pues las naciones perecen, como Babilonia. Leyendo el libro de Corts, Laín siente nacer en su alma una “honda vibración concorde”. A cada nación, aun percedera, le corresponde “una idea ejemplar en la mente de Dios. Las patrias son “unidades de destino” en los inescrutables y eternos designios providenciales de la Divinidad”.

Pero Laín se pregunta aquí y en el apartado siguiente por una “*Teología de la nación*” que pudiera dar cauce a estas ideas, invitando a los teólogos a desarrollarla. “¿Por qué los teólogos, uno de cuyos deberes es dar razón teológica de la realidad, no meditan sobre este magno suceso de la Historia universal?” Y señala dos pistas: una la existencia de ángeles y santos custodios de las naciones, de los que se habla, por ejemplo, en el libro de Daniel. “Pero el texto más importante y significativo de la Escritura es, a mi juicio –dice–, uno del Apocalipsis de San Juan: aquel en que el Evangelista nos dice que en la Jerusalén Celestial “se introducirán la honra y la gloria de las naciones”; *ton ethnon*, según las palabras del original griego”. (Está en Apocalipsis 21, 26, pero no es el único texto bíblico sobre el tema).

En “*Extrañeza y entrañeza de España*”, un discurso de despedida al argentino Juan Carlos Goyeneche, se confirma Laín en estas reflexiones: “Nuestra idea ejemplar de España no es histórica u ocasional, sino eterna [...]. Cabe en ella lo mejor de nuestro siglo XVI, pero no menos caben la hazaña de Baler y la del Alcázar, la acción titánica de Menéndez Pelayo y la obra rigurosa de Menéndez Pidal, las páginas más cimeras de “Azorín” y la doctrina de José Antonio, los versos de Rubén y los lienzos de Zuloaga, el “Martín Fierro” y el indio Juan de Diego, los hallazgos de Cajal y el canto de maitines de nuestros monasterios”.

En cuanto a *América*, su destino no puede ser distinto del de los pueblos que la colonizaron. Son una prolongación de Europa. “América vive en la Historia universal en tanto se europeiza”, dice en “*América*”, una brillante síntesis histórica del continente. Y lo mismo la América española, dice en la “*Carta a Manuel Vega*”, solo que con acento español: “Puesto que América entera no es a tal respecto sino una ampliación de Europa, ¿cabe a His-

panoamérica otro deber que el de llegar a ser, allí y a su modo, una realización hispaniloquente y cristiana de esta Europa siempre nueva, siempre hacendera y siempre amisible, siempre en riesgo de pérdida o de extravío?”.

Historia y quemadura de España

Sobre esta filosofía de España se proyectan las numerosas pinceladas, a veces dramáticas, que aparecen sobre ella en *Vestigios*. Ya sea escudriñando el alma de sus ciudades, como Santiago y Vigo (“*Dos ciudades*”), o bien, elevándose desde la consideración de una de ellas (en la paleta de “*Juan Cabanas ante Segovia*”), a soñar sobre la totalidad: “España, nuestra España. Aquí, abajo, el dramático fuego de estos llanos amarillos y rojizos, la suave ternura verde de los álamos en las humildes riberas, el oro y el gris de nuestra piedras, el rojo y el ocre de la tierra concha. Arriba, creyentemente dibujada, una realidad celeste que vela por estas ciudades dolientes, por mitad miserables y milagrosas, y recoge el sentido de su esfuerzo. ¿Lograremos entre todos, amigos, edificar una franja medianera, una franja humana e histórica entre aquella realidad visible y este creído ensueño?”.

A “*Nuestro siglo XIX*” en conjunto le dedica un comentario extenso, a propósito de *El liberalismo doctrinario* de Luis Díez del Corral. Laín cree encontrar en la manera de ser del español la clave de los bandazos, las ferocidades y las matanzas de frailes de ese siglo. Lo propio del temperamento español sería “su violentísima y discordante tensión polar entre la vida espiritual más intensa y operativa (místicos, ascetas, mártires, redentores quijoscos) y la más impetuosa vida del instinto (pasión de matar y morir, frenesí agonal y destructivo, pasión sexual, gusto arrebatado por la realidad sensorial concreta).” Y a veces triunfa una, a veces se desata la otra. Es interesante su comparación entre la hegemonía y la decadencia de España: “Es distinto también el contenido de la acción trágica. La catolización del orbe y el dominio universal de España fueron en el siglo XVI los temas de aquella imponente distensión de las almas españolas. Los motivos de la tragedia española del siglo XIX nos vienen impuestos por el siglo mismo, desde fuera, y se llaman, muy abstractamente, “libertad”, “secularización” y “progreso””.

Ya en este siglo comenta el hecho que enuncia la obra *Por qué cayó Alfonso XIII* (“*Política y pueblo*”), pero lo que le interesa es sobre todo la España de su tiempo. Sobre la Cruzada escribe desde la perspectiva amical de la acción política del grupo de falangistas amigos de Burgos en la “alta ocasión” –dice– de 1938-1939: “*Un grupo y su ocasión*”. Ridruejo, Rosales, Vivanco, Torrente Ballester, Tovar, son, entre todos, los nombres que más recurren en sus recuerdos. ¿Qué ha sido de ellos en la paz? Se han dispersado: “Ridruejo, instalado en la fimbria campesina de Barcelona, arremansa y depura su poderosa vena literaria; bajo las torres perennes de Salamanca,

descifra Tovar el lenguaje de los celtas y busca un perfil inédito a Sócrates; Rosales alquitara una y otra vez la extraña perfección de sus versos y bucea en los senos más ignotos de nuestro siglo XVII...” Aunque ahora todos están separados, “nos hiere la raíz del alma una misma insaciable exigencia”.

Ya ha aparecido en los párrafos anteriores su comecón, su quemadura por España, por “esta España verdadera y triunfante” que vimos páginas arriba. “*La quemadura del deber*” era el título, ya visto, de su recuerdo de Enrique Sotomayor. A la salida de la película *Los últimos de Filipinas* escribe, “Vuelvo los ojos a nuestras vidas y las encuentro adocenadas y mezquinas”, pues “si ellos murieron y mueren, nosotros vivimos”. Para terminar convocando a todos al cumplimiento del deber según su vocación: “quisiera que todos los españoles vivientes llevásemos una postrera y póstuma seguridad a todos los que murieron para que España fuese edificada. [...] Al poeta y al político, al artesano y al pensador, al campesino y al marinero, a todos alcanza el llamamiento. [...] Hay que gritarlo en todos los oídos, hasta en los traidores y rezagados. Hay que quemar a todos con esa interna quemadura del deber español.” (“*España y Francia: 1898*”).

Es como si hubiera otras nuevas dos Españas, la de la *extrañeza* y la *entrañeza*, según “*Extrañeza y entrañeza de España*”: la primera, la del verbalismo, la codicia, la frivolidad, la de “los que sin la valentía de la retracción se desprenden de su pasado inmediato”; y la de los “hijos de España; o mejor aún, de “una” España, la España ejemplar, la única España frente a la que cabe el orgullo de la filiación. [...] Dispuestos a morir otra vez como en Brunete y en el Ebro”. Pero, con esta disposición, Laín no pide actos desorbitados ni histriónicos, sino simplemente el cumplimiento de la tarea diaria, como dice en la “*Carta a Emiliano Aguado*”: “Honda y sencillamente, por debajo de la vida cotidiana. Levántase uno del lecho y viste su ropa diaria o, a veces, el uniforme que distingue e iguala. Cumple sus sólitos menesteres: enseñar, aprender, escribir, planear algo, conversar con algún amigo, esponjar el corazón en el silencio o entre las voces de la vida familiar... No, no, nada histriónico ni desorbitado, nada que recuerde los aparatosos trances, tantas veces solo retóricos, del figurín romántico. Porque nuestro verdadero triunfo no consiste en que la pasión hierve y se dispare, sino en que el entusiasmo, a fuerza de ser entrañado y fervoroso, se trueque diariamente en forma: visible forma de vida, legible forma de pensamiento, invisible forma de oración”.

José Antonio

La figura de José Antonio aparece varias veces en *Vestigios*. Y la primera, en plena concordancia con lo que dice en el artículo anterior sobre el cumplimiento del deber “sin ademanes de histrión ni remilgos de exquisito”. José Antonio (“*La muerte, el amor y la ironía*”) rechaza ante su muerte la

pose del héroe, el patrón romántico y la fanfarronada. “Llega a ella con espléndida entereza”, con “esencial sobriedad de gesto”. Pues “la gravedad creyente con que acepta el forzoso trance no le impide una radical ironía ante los modos tópicos de expresarlo”. En otro artículo sobre los “*Modos de morir*” vuelve a aparecer José Antonio paradigmáticamente. Supo dar José Antonio a su muerte una versión “gallarda y cristiana”. “Libre y decorosa conformidad ante la muerte, lúcida previsión de su llegada, dignidad íntima y contenida en la expresión del sentimiento”. “*La muerte*” es la tercera aproximación de Laín al tema, un día de noviembre de 1942, “porque hoy conmemora el español, con orgulloso llanto, la muerte gloriosa de un héroe joven”. Conturba ver la muerte de un hombre joven, piensa Laín, pero José Antonio supo morir cristianamente, “haciendo que aquella muerte, grave y gallardamente enlazada con la anterior vida, convirtiese a ésta en alto e indeclinable ejemplo”. Así, el legado más importante de José Antonio es “su levantada calidad ejemplar. No es un azar que la palabra “estilo” [...] haya quedado como la más secreta exigencia en los círculos auténticamente inmediatos a José Antonio. Del hombre ejemplar no queda receta ni concluso sistema, sino eso, un “estilo” en el modo de existir; estilo del hidalgo, estilo del santo”.

Ya en “*La presencia*”, de noviembre de 1940, toma Laín una nueva perspectiva, intentando explicar cómo ha de estar presente José Antonio, después de su muerte, en la vida española. Se trata de una página elevada en pensamientos y estilo, que comienza así: “Desde el mar rumoroso a la callada roca, miles de gargantas estremecidas han lanzado a los vientos de España la tremenda y consoladora palabra ritual: “¡Presente!” Todavía resuena en los oídos, como trueno broncíneo, aquel último del templo escorialense, cuando todo él, ordenado y solemne, ha sido tímpano animoso de la inmensa voz unánime, eco vivo de la historia despertada”.

“*La doctrina*”, de 1947, es el quinto y el más moderno de los artículos de *Vestigios* sobre “José Antonio –tal es, desnudo y escueto, como el de un héroe clásico, el nombre de su recuerdo”. El cual quiso que los españoles “sirviesen, al par que a su modesto destino individual, al destino de España, de Europa y del mundo, al destino total y armonioso de la Creación”. Palabras joseantonianas que nos traen a la memoria ideas afines de Laín, y que aquí tienen su manantial. “Por un lado, España como idea ejemplar en la mente de Dios: la “eterna metafísica de España”, según su expresión preferida. [...] Por otro lado, la realización de esa idea ejemplar bajo forma de empresa histórica: España como “unidad de destino en lo universal””. También nos suenan las ideas de que “la peculiaridad de España que José Antonio postula consistiría, más que en un conjunto de notas castizas e inimitables, en su modo de ser ejemplarmente humano”. José Antonio propugnó, dicho casi orteguianamente, una “armonía del hombre con su contorno”. De este modo: “En el centro, “el individuo, portador de un alma”; luego “la familia, el sindicato y el municipio”; y, por fin, dando sentido último a la

vida del conjunto y de sus partes, la empresa histórica de un Estado aspirante a la ejemplaridad y una interpretación religiosa, católica de la existencia humana: “la interpretación católica de la vida –escribió José Antonio– es, en primer lugar, la verdadera; pero es, además, históricamente, la española”. “Esto quería José Antonio, que era un espíritu abierto –dice–, nada fanático, inteligente, culto y, en definitiva, “creyente muy verdadero en Dios, en la verdad católica y en el destino de la Patria”.

Estilo y final

La exploración de esta dilatada obra ha terminado con la idea joseantoniana de *estilo*, y podríamos decir algo sobre el de Laín. Lo que primero destaca es su querencia por el estilo elevado. Laín procura, más o menos conscientemente, situarse por encima de la masa. *Egregio* es precisamente uno de sus adjetivos favoritos, cuya etimología conoce y repite: *e grege*, ‘sacado de la grey o del rebaño’. Un estilo levantado en las ideas; si no en todos los temas, por lo menos en la perspectiva con que se sitúa ante ellos. No le gusta la trivialidad, desdeña los detalles, prefiere el vuelo del águila. Levantado en el afecto, sintiendo todo, aun las cosas sencillas, patéticamente. Levantado en la escritura, haciendo que su expresión sea distinta, esté en otro plano que la del común de los mortales. Más que escribir, “redacta”. De ahí los frecuentes hipérbatos, la anteposición del adjetivo, la frase latina (o francesa), la palabra arcaica, la erudición, el cultismo. Un estilo cincelado, mármoreo –pero no frío–, algo monumental. En la estela de la Falange y, aunque distinto, en la de Ortega.

El resultado de un obra de arte es siempre cuestión de proporciones. Y en *Vestigios*, como consecuencia de sus temas y de su edad, el resultado es casi perfecto, con bastante adecuación entre fondo y forma, aunque diga cosas como *cuotidiano* con *u* por ‘periódico’. Pero tiene un peligro: el engolamiento, el retoricismo, cierta desproporción en los sentimientos, alguna melancolía, hipérbatos exagerados. Ejemplo de esto último, el comienzo de su libro sobre Menéndez Pelayo: “Esta que aquí veréis, sana sin manquedad y famosa toda, es el alma de don Marcelino Menéndez Pelayo, español de pro”; digna emulación del comienzo de la oda *A las ruinas de Itálica* de Rodrigo Caro. De modo que ciertos tonos que resultan congruentes con temas trascendentes, amicales o de juventud, resultan excesivos en otras obras más expositivas. Con lo que Laín ha caído a veces en el defecto que en *Vestigios* le achaca a Ortega en “*Historia como sistema*”. Cuando dice que “las ideas genuinamente filosóficas de Ortega han sido siempre tupidamente orladas por la metáfora, como la luna de esas cornucopias dieciochescas”, y que le ha faltado como escritor “el necesario heroísmo ascético”.

Por otra parte, le ha asediado paradójicamente, sobre todo en otras obras, un peligro que parece contrapuesto: cierto tono pedagógico, que se

muestra en el exceso de interrogaciones, más didácticas a veces que retóricas, en cierto gusto por las definiciones de la Real Academia, y sobre todo por las divisiones. Que junto con una no excesiva originalidad, hace que algunas de sus obras de investigación parezcan brillantes –y lastrados– trabajos escolares.

Justo es decir que el estilo de Laín ha cambiado en parte, haciéndose algo más sencillo. Así como otras muchas cosas han cambiado en él, hasta llegar en 1976 a *Descargo de conciencia (1930-1960)*. No voy a entrar ahora en el análisis de este libro, detenidamente leído y anotado por mí. Pero no puedo dejar en el ánimo un par de observaciones. A pesar de la gran nómina de amigos que desfilan por ella, de su fidelidad indeclinable a los de Pamplona y a los de Burgos, de las continuas alabanzas, como quien reparte beneficios, a unos y a otros, no es éste, como *Vestigios*, un libro de verdadera amistad. Pues las alabanzas amicales están contrapesadas por muchísimas críticas, ironías, acusaciones y ridiculizaciones de mucha otra gente, con frecuencia de segunda fila, como antiguos profesores suyos, incluso del Colegio Mayor donde no le cobraban. Y por supuesto de antiguos colegas, compañeros y hasta de amigos, como cuando dice de uno: “inteligente químico y buen amigo mío, pero fanático y neurótico”. ¿A qué viene esto? En mi opinión, la amistad aparece aquí tan invocada como traicionada. Por otra parte, me han resultado curiosas sus críticas de estilo a escritores falangistas, como “estética neobarroca”, “período levantado y largo”, “en el mármol de los maestros del estilo”. Pero, como he dicho, no quiero entrar en el fondo del libro. Que el propio Laín se juzgue con una frase suya de *Vestigios* sobre las “*Autobiografías*” (reeditado en *Obras*): “Tomad, os decía, un relato autobiográfico cualquiera: el de Wagner, el de Baroja, el de Maurois. Adivinad, leyendo entre líneas, la imagen que de sí mismo quiere dejar el autor a la posteridad; ved en ella además, cómo trata de “justificarse”. Entonces comenzaréis a entender vuestra lectura”.

Pedro Laín Entralgo es un escritor bien conocido en las Letras españolas, relevante sobre todo cuando se pone a conjugar el ensayo y la amistad. Por ejemplo en *La empresa de ser hombre*, otra obra en que suyo hacerlo “egregiamente”. Y en particular en *Vestigios*. Laín fue para mí “buena compañía”, y hoy saldo con él una antigua deuda.